LA INTELIGENCIA EN PELIGRO DE MUERTE

POR

RAFAEL GAMBRA (*)

No hace mucho, la prensa y la televisión difundieron la imagen del nuevo hombre de empresa americano que, gracias a Internet y al E-mail, no necesitaba salir de casa ni para trabajar. Para dirigirse a su oficina no tiene más que ir a la habitación de al lado, donde consulta en la pantalla de su ordenador los datos económicos y desde donde da por medio del teclado las órdenes para dirigir su empresa, para comprar o vender acciones. Finalizada su tarea, pide por Internet una comida preparada y se sienta a ver el telediario saboreando una hamburguesa con *chips*. Atiborrado de precocinados tanto su sistema digestivo como su sistema nervioso, le basta apretar otra vez un botón para cambiar de canal y ver una película. La pantalla de su reloj le señala que es de noche y, satisfecho de su actividad en el mundo interactivo de las pantallas y los teclados, convencido de haber contribuido a la realización definitiva del hombre nuevo, se retira a dormir. No ha visto en todo el día a ninguna otra persona, no sabe si llueve o hace sol, no ha tenido contacto alguno con la realidad circundante, cuyo lugar ha sido ocupado por lo que ha

(*) El profesor Rafael Gambra, recientemente fallecido (véanse los números de *Verbo* 421-422 y 423-424), escribió hace pocos años este prólogo para la proyectada versión castellana del libro del filósofo belga MARCEL DE CORTE, *L'intelligence en péril de mort*, que finalmente no ha llegado a ver la luz. Con satisfacción al tiempo que con honda pena, publicamos estas páginas inéditas del inolvidable maestro (N. de la R.).

Fundación Speiro

visto en pantallas, lo que ha oído por altavoces, lo que ha hecho con teclas. Su vida se desarrolla entre el dormitorio, donde sueña de noche y el estudio, donde sueña de día.

Esta estremecedora visión de una existencia humana sin contacto con el mundo, artificialmente alimentada desde el exterior con todos los datos que ocupan su mente ya había sido prevista por Barjavel, en su novela anticipadora *Le diable l'emporte*. Pero ya antes la había imaginado Descartes. Descontento de cuanto había aprendido y del testimonio de los sentidos, el autor del *Discurso del Método* supuso que cuanto éstos le presentaban, desde las cosas exteriores como el cielo y la tierra con sus colores, hasta sus sensaciones internas, eran todas ellas producto de un geniecillo, tan poderoso como maligno, cuya industria toda se encaminaba a engañarle. Semejante situación no era para Descartes más que una hipótesis metódica, una ficción momentánea que permitiría a la razón desarrollar todas sus virtualidades en orden a conocer el universo de manera más segura. Sin embargo, es curioso, la herencia que recibiremos de Descartes consistirá no en que la ficción se haga imposible, sino en su realización.

La inteligencia en peligro de muerte de Marcel de Corte puede verse en cierto modo como el análisis de la historia que lleva del engaño ficticio a su realización. Desde luego, esta obra, publicada a finales de los sesenta, no podía conocer las redes informáticas y su repercusión en la vida humana. Sin embargo, como indica el prefacio a la segunda edición de 1987, el desarrollo de los acontecimientos, la universalización del democratismo pregonado por unos medios de información cada vez más envolventes, una juventud ensimismada y drogadicta, no hacen sino confirmar la gravedad de su pronóstico. A la hora de publicar esta primera edición castellana, el peligro de muerte que su obra denuncia quizás permita certificar el fallecimiento consumado en la era de la informática.

La historia que, a grandes rasgos, presenta De Corte es algo así como la contrapartida de la historia oficial del pensamiento, que es siempre apologética de la formación de la conciencia del hombre moderno. El punto de partida de De Corte es que la inteligencia por naturaleza está abierta a la esencia de las cosas. Sus

Fundación Speiro

conceptos, aunque sean obra suya, tienen la función de reflejar la esencia de lo que es y así se explica el dicho de Aristóteles según el cual el entendimiento, es en cierto modo, todas las cosas. En cambio, cuando la mente del hombre pierde su nexo con la esencia de las cosas y sólo tiene ante sí imágenes que él mismo ha fabricado, la inteligencia ha perdido sus funciones vitales, está muerta.

En un párrafo inspirado, De Corte muestra cómo el desfallecimiento básico de la inteligencia tiene su raíz en las potencialidades mismas del conocer humano. Para captar la realidad el entendimiento necesita de las ideas o conceptos que ella misma constituye como representación o signo mental de las cosas. Sobre la base de su contacto con las cosas, el entendimiento forma activamente las ideas; mas no por ello son las ideas el objeto del entendimiento, sino que son aquello por medio de lo cual se conocen las cosas: "cuando me hago una idea de las cosas, no es la idea lo que contemplo, sino la cosa a través de esta idea".

El realismo en que se desarrolló toda la filosofía antigua y medieval, hecha excepción de la sofística, mantuvo que el objeto del conocer son las cosas. El idealismo, en el sentido más fundamental de esta palabra entiende, por el contrario, que el objeto de la inteligencia son sus propias representaciones, sus ideas o conceptos. Su característica esencial reside en que ha cortado los lazos que unen los conceptos con la realidad para considerarlos en su aislamiento mental. No quiere esto decir que los idealistas en este sentido nieguen la existencia de un mundo exterior al sujeto, sino sólo que ese mundo no se hace presente directa e inmediatamente presente a través de las ideas. Descartes, por ejemplo, creerá alcanzar lo que existe con el solo examen de su conciencia. Sin embargo, una vez que los conceptos se tienen por cosa que sólo está en el sujeto, ya no hay manera de conectar nuevamente con las cosas reales y externas. Por mucho que examinemos la figura pintada de un hombre, si nada más sabemos al respecto, necesariamente ignoraremos si representa una cosa existente o imaginaria.

La historia que ofrece De Corte muestra cómo el hombre aislado en el interior de su conciencia, sin haber dejado de ser lo

Fundación Speiro

que antes era y sin dejar de tener las mismas aspiraciones, va substituyendo cada una de las realidades en las que estaba inserto y que respondían a sus necesidades por otras ficciones creadas por él mismo que aparentan satisfacer esas mismas inclinaciones.

El primer paso por este camino lo dio el propio Descartes: desde el momento en que admitió la posibilidad de que fuera engañoso, no sólo lo que le habían enseñado, sino también el testimonio de los sentidos, rompió las amarras con lo real. Sólo le quedaba replegarse sobre sus propias representaciones de modo que éstas y no las cosas se convirtieron en objeto de conocimiento. Y así, para Descartes la evidencia de las ideas vino a substituir a la verdad y Locke, cartesiano a la postre, define la ideas como el objeto de nuestro pensamiento.

Y de este modo se llega a formar una niebla informativa tan envolvente densa y constrictiva de preconceptos que llega a imposibilitar el acceso a la realidad. El idealismo filosófico pasó de los libros a la mentalidad rectora de la sociedad en el siglo de la Ilustración. La nobleza, que encabezaba la sociedad, de mecenas pasó a ser sierva de los intelectuales a los que había apadrinado. Al calor de este ambiente favorable se desarrolló la acción de dos clases de técnicos, los manipuladores de las cosas y los manipuladores de las personas, cada uno de los cuales se dejó llevar, a su modo, por la tentación de dominio: los manipuladores de las cosas cederán a la tentación de convertir las construcciones de la ciencia matematizada en representación de la realidad, de modo que ésta viene a ser substituida por lo imaginario. Los manipuladores de personas, por su lado, por medio de la información, tenderán a transformar las mentes de los otros en prolongación de la suya propia. En ambos casos de lo que se trata es de introducir, sea en la realidad, sea en las conciencias, un orden fabricado por la razón.

Una vez que este idealismo ha producido la desaparición del mundo de cosas en cuyo orden establecido por Dios se incluyen el hombre y su actividad pensante, una vez que no hay mundo antes de la actividad de la razón, sólo queda la manipulación de las cosas. Era inevitable que la razón tendiera a adueñarse del

Fundación Speiro

papel divino de creador del universo. Lo que antes eran cosas se vuelven materia informe para el hombre moderno ante la cual sólo le cabe introducir una organización a la medida de su razón. La mente que tenía como máximo exponente de su naturaleza la contemplación de lo que es en el mundo, de su esencia y de su artífice, se torna *poética* o constructiva de un mundo que sólo existe para él.

Uno de los errores que con más acierto destaca De Corte se refiere a la explicación del advenimiento de la ciencia matematizada como substituto de la metafísica. Suele pensarse, en pos del positivismo, que las virtualidades de la ciencia físico matemática vinieron en la edad moderna a producir la decadencia de las concepciones metafísicas. Pero semejante comparación en la mente del hombre moderno nunca se produjo; para cuando empezó a convertirse la físico-matemática en fuente de la concepción moderna del mundo, el ser del mundo externo ya había desaparecido por obra del idealismo. Y, con ese ser se había esfumado también la metafísica. La aparición de la concepción matematizada del saber es hijuela de la actitud *poiética* o creadora que nace del antropocentrismo o del idealismo. Como explica nuestro autor en una página de insuperable lucidez, las nociones matemáticas de número y extensión se fundan en la realidad del primer accidente de la substancia que es la cantidad; pero, sin el entendimiento que elija una unidad, no hay medidas ni número: como Aristóteles decía, sin entendimiento que cuente no habría número, o como decían los escolásticos, el número es un ente de razón con fundamento real. Los conceptos matemáticos aparecen así como los únicos en los cuales la razón pone tanto como halla en la realidad, de modo que gracias a ellos parece la razón adquirir una capacidad organizadora de que carece al considerar otros ámbitos de lo real.

El dominio que la razón matematizante ofrece sólo atañe a lo mudable y en modo alguno alcanza el ser de las cosas ni proporciona un conocimiento de su esencia. Cuando se produce, propiamente hablando, la mistificación del saber por parte de la ciencia matemática es cuando cede a la tentación de ocupar el lugar de la metafísica. Las construcciones que acompañan al

Fundación Speiro

saber técnico matemático, los modelos imaginativos o simbólicos pasan, de ser instrumentos, a convertirse en reflejos de la realidad. La realidad se convierte, como el objeto de la *poiesis*, en un mundo en permanente mutación: el mundo es cambio, las cosas devenir y la misma razón humana proyectada hacia adelante ocupa el lugar de Dios, bajo la forma de humanidad futura.

La natural sociabilidad del hombre, una vez aislado de la realidad y de sus semejantes, no deja por ello de constituir una imperiosa necesidad que tiene que ser de alguna manera atendida. La democracia y la llamada "información" son los dos recursos íntimamente unidos que vienen a suplir la pertenencia a las sociedades en las que se inserta naturalmente el hombre. Estas sociedades naturales, anteriores al individuo, se ven todas ellas substituidas, en el hombre que crea desde su interior el mundo circundante, por la democracia. Gracias a ella el sujeto individual se ve a sí mismo construyendo la sociedad a la que pertenece en virtud de su participación en la dirección de la sociedad. Pero esa supuesta participación directa en la determinación de los asuntos de una sociedad concebida como estado, cuando no como sociedad internacional, depende de los datos que el sujeto individual posee. Y esos datos no son, desde luego, los que su entorno inmediato le puede ofrecer. Debe, pues, entrar en juego la información global, de alcance universal, que está indisolublemente unida a la democracia. La información constituye según De Corte el único camino por el cual el hombre aislado por el idealismo satisface su necesidad de pertenecer a una comunidad. A través de las informaciones entra en contacto con el universo de los demás individuos, igualmente aislados, y tiene la sensación de formar parte de una colectividad. Ahora bien, esa información se produce a través de los técnicos del dominio de los hombres que dirigen los medios de comunicación de masas. No son los hechos los que se le ofrecen por sí mismos, sino los hechos seleccionados e interpretados por esos técnicos, cuya visión está a su vez condicionada por las minorías que han conseguido hacerse con los hilos del poder real. El individuo se convierte en el receptáculo donde reside la información y que ineluctablemente va unida a consignas de acción. Porque la propaganda es insepara-

Fundación Speiro

ble de la información. Y, de este modo, la supuesta intervención de los individuos en la construcción de la sociedad futura no consiste más que en la reacción condicionada a la información, que le ofrece tanto las preguntas como las respuestas. Democracia e información van de la mano y son tan irreales la una como la otra.

Visto más de treinta años después, resulta admirable la penetración con que Marcel de Corte diagnostica el peor de los males que la enfermedad de la inteligencia ha producido en el final del pasado siglo. Me refiero al desfallecimiento de la Iglesia como institución, que se ha dejado invadir por la corriente del llamado pensamiento moderno a partir del Concilio Vaticano II, y que ha aflojado el único torniquete que servía de contención a la infección total del la inteligencia. La mentalidad progresista, vista a la luz de los análisis de De Corte, no consiste sino en la reproducción, dentro de la conciencia de los cristianos, de las mismas etapas que ha padecido la mente del hombre moderno. El paso decisivo y determinante estaba dado antes del Concilio en las ideas de los padres conciliares que se adueñaron de él: se trata del subjetivismo religioso ya denunciado por Pío IX como modernismo. Una vez que la religión se convierte en una dimensión de la subjetividad humana, sólo le queda seguir los mismos caminos de la razón laica según la férrea lógica que denuncia De Corte: la primacía de la acción queda ya públicamente instaurada desde el momento que el Concilio abandona toda pretensión dogmática para lanzarse por la vía de la pastoral. Unida a esta inclinación que favorece la eficacia va la reforma del lenguaje eclesiástico que, con la pretensión de acomodarse mejor a las circunstancias sociales, trata de ser sugerente y pierde precisión cuando no cae decididamente en la contradicción. La eficacia tiene como secuela la substitución de lo dogmático por doctrinas acordes con la preeminencia que los resultados tienen para la conciencia moderna. De este modo los contenidos de la fe en el Dios transcendente eterno y creador, la doctrina eterna e inmutable pregonada a lo largo de los siglos indefectiblemente por la Iglesia, se transmutan en la fe en una humanidad nueva del porvenir que se identifica con la divinidad a través de los oscuras elucubracio-

Fundación Speiro

nes sobre la dignidad del hombre y sus derechos. La nebulosa dogmática de estos tiempos deja paso a una comunidad en el quehacer por el bien de la humanidad, pacífica y feliz, a cuya consecución la Iglesia parece dirigir todos sus esfuerzos y predicas. Prédicas que dejan de ser exposición de las enseñanzas eternas que elevan a la contemplación de Dios, para convertirse en informaciones sobre el estado del mundo y en llamamientos a la acción, todo lo cual no es sino la versión eclesiástica de la información tiranizadora en el mundo moderno.

A la par que hoy, en numerosas congregaciones, conventos, parroquias y seminarios hay jóvenes sacerdotes que tratan de volver a las enseñanzas tradicionales de la Iglesia, la clerecía dominante, formada en la época del postconcilio, persigue al mundo moderno con la esperanza de participar en el abrazo de la humanidad globalizada que creen eminente. Abandonada la realeza de Cristo, la confesionalidad del estado, defendida la libertad de cultos, convertido el pacifismo en precepto cristiano, metida la democracia en la doctrina social de la Iglesia y en su organización interna, sólo les falta abjurar de lo que la Iglesia ha representado en el mundo, cosa ya hecha con los perdones pedidos ante la humanidad divinizada. Pero, al final de su carrera, quizás no encuentren un fraternal abrazo, sino la exclusión y la persecución. Porque los acuerdos insensatos reavivan las enemistades y no hay enemistad más profunda e insalvable que la que se da entre el príncipe de este mundo y el Rey de la creación.

Fundación Speiro